ISSN: 2215-6879

1856 1857

Guiños de 1856 - 1857

Doña Pancha Carrasco de Jiménez
Heroína de Costa Rica



Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Diciembre 2026 Número 31



1856 57

Doña Pancha Carrasco de Jiménez
Heroína de Costa Rica

Escribe Ed. Luis Ferrero Acosta para MUNDO FEMENINO.

No solo los próceres que nos dieron nacionalidad merecen fama. Los hijos del pueblo, valientes y viriles, que supieron trocar en temibles armas sus toscas herramientas de labor, como dice el más glorioso canto de Costa Rica –el Himno Nacional– la merecen también; los que, poseídos del más acendrado patriotismo, lucharon por la libertad y abonaron con su sangre –¡terrible precio!– la tierra, escenario cruento de batalla.

Las mujeres que siguieron a los valerosos defensores de la Patria, en duras jornadas, a pie; algunas descalzas, para servir como vivanderas, la merecen igualmente.

Guiños de 1856-1857
Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Doña Pancha Carrasco Jiménez –una de ellas– la merece; pero démosla a conocer. Saquémosla del oscuro y empolvado pasado. Hagamos resplandecer su figura excelsa y fogosa. Démosla a conocer para que el trío de heroínas ticas brille con la intensidad de las milicianas mexicanas Adelita Mendizábal, Marieta y La Valentina. Doña Pancha Carrasco, doña Anacleto Arnesto de Mayorga y doña Catalina de Atirro forman el triángulo de heroínas costarricenses; tres vértices, un solo ideal: patriotismo.

Nació doña Pancha Carrasco Jiménez en Taras, Cartago, cuando el régimen colonial que nuestra Madre Patria hispánica mantenía aún en América se derrumbaba.

Don Ricardo Fernández Guardia, en su libro Morazán en Costa Rica, nos relata lo siguiente: su arribo a este valle de lágrimas no se ha podido precisar con exactitud: se rumora que fue por allá del año de gracia de 1816. En ese siglo, grandes sucesos que tenían dimensiones extraordinarias representan mejor que ningún otro la grandeza del tico, o del costarricense.

Se sabe de la heroína que, en un tumulto callejero provocado contra el caudillo unionista y que tiranizó en Costa Rica –Francisco Morazán–, ella, montada en caballo y en compañía de varias mujeres, azuzaba al populacho para que les presentara batalla. Y aunque dicho movimiento solo tuvo las proporciones de un alboroto, doña Pancha dio pruebas de valentía, pues se bajó de su corcel y empezó a desempedrar la calle y arrojar los monolitos así obtenidos al caudillo y a su comitiva. En esa pelea organizada por doña Pancha, en corroboración del sentir de su familia ante el vergonzoso pacto del Jocote, no resultó nadie de importancia comprometido. Fue una revuelta completamente popular como su precedente, la del 29 de mayo de 1842. Era el primer día de alzamiento, allá cuando la primera quincena de septiembre se derrumba. Los garridos mozos de San José esperaban a la columna bajo el mando de los Alfaros, con que la heroica provincia de Alajuela colaboraba a la reivindicación nacional.

Allá en Cartago, al sur de la ciudad, los valerosos de la Puebla tomaban con éxito el depósito de la pólvora, existente en una casamata, para utilizar las escopetas. Era guapa doña Pancha, atractiva, de altivo continente, su mirada firme. Sus encantos bien proporcionados. Y tan debió de ser bella y guapa que casó tres veces. La primera de ellas con Manuel Solano, la siguiente con Espíritu Santo Espinoza y sus últimas nupcias con Gil Zúñiga.

Donde doña Pancha tuvo relevante notabilidad fue en la Epopeya nacional de 1856-1857, la gloriosa hazaña tica que no se ha cantado con el fervor merecido.

Al llamado del presidente don Juan Rafael Mora, ella, al igual que todos los demás habitantes de Costa Rica, acudió a defender su querido suelo patrio. Fue llevada a Santa Rosa y Rivas. Allí, ella ayudaba a los valerosos soldados que defendían tenazmente su suelo nativo: el solar centroamericano.

Les lavaba las ropas, cosía y remendaba los vestidos, guisaba. Y además, cantaba: en su garganta de oro la Patriótica Costarricense cobraba nuevos tonos aún desconocidos. Los soldados, ellos, los defensores de la libertad, le hacían coro. El tambor, manejado hábilmente por el inmortal Juan Santamaría, y el clarín se aunaban a las polifonías.

Las notas salían con fluidez, corporizándose cristalinamente en melodías enloquecedoras. Brotaban de lo más íntimo de los soldados, llevaban olores a pólvora y a tabaco, al rudo fragor del combate…

Doña Pancha servía también de secretaria al Presidente don Juanito Mora. Su letra clara y bella copiaba los mensajes despachados al interior de la República informando las últimas nuevas que llenaban de gozo, las órdenes a la oficialidad, formando también las nóminas de los heroicos soldados caídos en batalla…

El ejército era pequeño en número y acampaba cerca de Rivas, en donde se divisaban las banderolas de humo de los campamentos enemigos.

Los soldados, campesinos recién entrados en el servicio militar, esperaban confiados el ataque de los filibusteros. La victoria de Santa Rosa era el aliciente. Algunos dormían en unas enramadas, otros cantaban a la vera de un fogón donde en un caldero hervía alegremente la sopa. Las guitarras, de voluptuosas formas, traían alegría; un ¡güipipía! era lanzado a los vientos. El sol ardiente daba latigazos a los curtidos rostros...

La noche cayó venciendo al día. Los soldados duermen en el suelo. Un hombre bajo, barbinegra, ligeramente regordete caminaba en silencio inspeccionando a sus soldados. No llevaba uniforme ni armas. Era don Juanito Mora, que con miradas paternales miraba compasivo a los soldados. Se acerca al tamborcillo, le despierta; un saludo militar, grave y profundo…

—"¡Atención…!" un murmullo creciente se levanta del campamento. — ¿Qué hay? — ¡Arriba, muchachos! — ¡A las armas!

Un minuto después la tropa está en formación, arma al brazo, olvidada del sueño y la fatiga. Las voces de mando llenan el aire que platea la luna. Suena de nuevo el tambor; ahora toca a descanso y a silencio; terminada la alarma los soldados rompen filas, colocan en pabellón los fusiles y vuelven a tenderse en el suelo.



Un rato después el tamborcillo estaba otra vez dormido junto a su tambor. –El caballero está ahora –a media noche– rodeado de oficiales que lo escuchan respetuosamente. – Estoy seguro de mis muchachos –dice–; quise probarlos y todos volaron a sus puestos.

Era la víspera del heroico holocausto a la Patria, que el brazo fornido representado por el Erizo, el Tambor de la Victoria, ofrendaría…

Al otro día –glorioso en nuestros humildes fastos guerreros, manto de luto con el que el país se vistió–, ya al declinar el sol de su antemeridiano, doña Pancha, la cariñosa vivandera, al salir de una casona situada a una cuadra y media al poniente de la plaza en donde el cuartel general se hallaba ubicado, arma en puño, valerosa como digna representante de su patria y del ejército costarricense, dirigió la acción contra un núcleo de los invasores secuaces subordinados de William Walker. El cañoncito, un cañón que era cargado con metralla y que ostentaban los filibusteros, fue el objetivo. Preparó su fusil, apuntó, disparó y… el jefe del cañoncito cayó fulminado. Dio la casualidad de que el doctor Hoffmann, alemán, médico que acompañó a las huestes costarricenses, al salir del cuartel del general Salazar, situado cerca de este sitio, disparó también al mismo objetivo de doña Pancha.

Los filibusteros, al ver rodar a su jefe, huyeron en desbandada, aterrados del valor y la serenidad de los "pie en el suelo". Entonces doña Pancha, desafiando los silbantes disparos que rasgaban el silencio casi conventual de la ciudad rivense, corrió hacia la artillería y, ayudada por soldados valerosos, patriotas, desconocidos héroes producto del pueblo, llevaron al cuartel el cañoncito. A los vítores de salutación a doña Pancha la vivandera, y llevada en triunfo, se festejó la victoria. Los soldados hacían un paréntesis de sus fogueos para rendir pleitesía y admiración a aquella mujer que, al igual que ellos, abandonaba su hogar, cariños familiares, descendencia, para venir a defender su patria de tiranos, para legar a sus hijos un país libre, no bajo el yugo de la bota opresora. "Antes muerta que esclava" parecía ser su consigna, y por la cual luchaba denodadamente.

Parecía el costarricense no ejército de estas tierras, sino huestes europeas, y era de ver la serenidad prodigiosa con que realizaba sus movimientos y cargaba sus armas en medio del humo y de los peligros del combate.

Consumado el sacrificio de Juan Santamaría, el incendio del Mesón, y derrotados los ambiciosos filibusteros, el ejército regresó.

Meses más tarde, una peste, la del cólera morbus, terrible flagelo, entenebrece el cielo antes límpido de este bendito país, Costa Rica, nido de cóndores y de quetzales. Doña Pancha, mujer abnegada, vuelve a trabajar por su bien, el de su familia y el de su patria. Se desveló para triunfar sobre la muerte que presagiaba dejar a Costa Rica, mi patria querida, vergel bello de aromas y flores, en un país sembrado de ruinas. El pánico cundía con las muertes provocadas por el cólera, unas diez mil. El país tambaleábase, sentíase acéfalo, daba tumbos; no iba al despeñadero gracias al Dios Omnipotente y a don Juanito Mora.

Una mujer varonil y de espíritu fervientemente patriótico, una de las más entusiastas, decididas y firmes partidarias de la causa de liberación centroamericana, estaba con el ejército tico para la toma de los vapores del río San Juan. Una mujer que, llevada del fuego sagrado que inspira el amor a la patria, comenzó a hacer varios servicios a la nación, hasta acreditarse y cooperar arduamente. Doña Pancha Carrasco, la vivandera, se hallaba otra vez en pie de lucha. Eran los postrimeros días del año 1856.

El Wheeler, el Morgan, el Machuca y el Bulwer dejaban sus estelas sobre las aguas del río San Juan. Eran la arteria vital del filibusterismo; había que troncharla a como hubiera lugar. Y, para ello, allí estaban los ticos con su mascota, su madrinita buena, doña Pancha Carrasco, para que velara por los cuidados inherentes, y con la Virgen de los Ángeles, La Negrita, en el corazón.

La Navidad se acercaba; faltaban 48 horas cuando los ticos verificarían otra gloriosa hazaña: el arrebatar los buques que Walker mantenía en la Vía del Tránsito. Fue uno de los hechos de armas más grandes y de mayor importancia de esta epopeya de valor del costarricense. El mismo don Juanito habla, en la forma siguiente, de la pobreza de los medios con que contaba su gente:

"En veinte días de campaña, a través de desiertos cuajados de víboras, de selvas espesísimas, de pantanos y de ciénagas detestables, de ríos caudalosos, nuestros soldados han marchado a paso vencedores, apoderándose de la Trinidad, Castillo Viejo, Fuerte de San Carlos, de los vapores y otras embarcaciones, diez cañones, tres obuses, quinientos rifles, multitud de espadas, revólveres y pertrechos de guerra, y más de 100 enemigos que hemos puesto en generosa libertad. Sobre el río San Juan y el Gran Lago no iluminan los rayos del sol otra bandera que la costarricense".

"Todo esto se ha conquistado sin un solo tiro, sin una gota de sangre, a fuerza de intrepideces y de sorpresas. ¿Con qué contábamos? Troncos apenas escarbados y mal unidos con bejucos han sido nuestra flota para ir a tomar los vapores y fuertes enemigos; fusiles enmohecidos y que apenas podían dar fuego por los continuos temporales sufridos, nuestras únicas armas; escasez de víveres y de todo en el primer momento. Había el coraje, la abnegación, el patriotismo, la unión del costarricense, la resolución a vencer o morir; y la Providencia ha bendecido a nuestros soldados, llevándolos de victoria en victoria".

La población de San Juan del Norte "acudió presurosa a dar la enhorabuena a los costarricenses, trayéndoles refrescos y comida. Los ingleses allí radicados, pasmados de ver a un puñado de hombres que en balsas desechas y malos botes venían desde tan lejos a asaltar vapores defendidos, acudían curiosos de verlos, dibujándolos como estaban, unos sin calzones, otros sin camisa, destrozados todos en la penosa expedición, mojados como un pollo que acaba de salir del cascarón, entumecidos de frío bajo un extraño cotón de jerga y sus pequeños sombreros de palma apenas encajaban sobre sus cabezas".

Era el aquelarre del segundo mes del año de 1857. El correo saldría con premura: llevaría correspondencia al Presidente Mora, desde el Fuerte San Carlos: ranchos pajizos, azurinas aguas, agrestes vecindades: esmeraldas mil y unas veces veteadas y reflejadas en el San Juan, en cuyas aguas los vapores capturados estanciaban. La bella bandera tricolor: blanco armiñado, azul celestial, rojo vivaz, era saludada por el dios Helios en cada amanecer. Manos callosas, rudas a fuer del duro bregar en el surco y en el arma libertadora, la colocaron allí. ¡Bello pendón vencedor!

Doña Pancha, la heroína, aprovechando ese correo, escribió una carta a su hermano, carta que obra en poder del Museo Histórico JUAN SANTAMARÍA, que dirige con eficiencia el profesor don Jesús Murillo G., a quien nos unen lazos amistosos y al que debo agradecer su valiosa y desinteresada ayuda para la realización de este homenaje a la heroína costarricense, y que dice:

Fuerte S. Carlos, Feb. 22 de 57. Mi queridísimo hermano: No dejo de aprovechar siempre que puedo las oportunidades de escribirte, y por lo tanto, lo hago ahora con muchísimo gusto participándote que estoy buena y deseando que U. goce de cabal salud. No tengo que encargarte me cuide a María Manuela y la familia de Gil. Dámele muchas memorias a todos mis conocidos y conocidas y mande a su afectísima hermana que más desea verlo que escribirle. Franc[a]. Carrasco.



Después de finalizada la campaña, el propio don Juan Rafael Mora condecoró a los oficiales del ejército libertador y, en unión de ellos, ofrendó a doña Pancha Carrasco el homenaje de la nación: medalla que exhibe el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría en Alajuela y que dice: *"Santa Rosa – Rivas – San Juan – Presa de vapores – Castillo – Fuerte San Jorge", y en el reverso: "Costa Rica agradecida premia al valor"*.
Al finalizar el año de 1890, en las últimas horas, entregó doña Pancha su alma al Divino Hacedor; presidía el país don José Joaquín Rodríguez, quien decretó duelo nacional. Su entierro y funerales verificáronse con los honores militares correspondientes al grado de General, con asistencia de los Supremos Poderes, Alto Clero, asociaciones y elementos de la administración pública.

De la antigua Iglesia de Nuestra Señora de La Merced fue llevada al Cementerio General, donde se le dio cristiana sepultura. Descansaron sus restos en la serie D, N° 86 (estos nichos eran los que formaban la pared divisoria del norte del cementerio), hasta el 9 de enero de 1896, fecha en que fueron exhumados y trasladados por haber vencido el término de alquiler; fueron pasados al tercer nicho del mausoleo número 16, cuadra de La Merced, lado Sur, línea primera, propiedad del presbítero don Moisés Ramírez Castro.

El parte de defunción del Registro del Estado Civil dice:
"N° 2689. Francisca Carrasco y Jiménez, sexo femenino, de sesenta y cuatro años de edad, costarricense, vecina de la Puebla y casada que fue con Gil Zúñiga, murió de ansia en su domicilio a las 8:30 de la noche del treinta y uno de diciembre del año pasado y se le dio sepultura en el cementerio de esta ciudad, distrito del cantón primero de esta provincia. Fue hija legítima de Francisco Carrasco, comerciante, y de María Trinidad Jiménez, de oficios domésticos, costarricenses y vecinos de Taras de Cartago. Así consta del parte número noventa y uno de fecha primero de enero del presente año, expedido por Carlos Echeverría, Tesorero de la Junta de Caridad de esta ciudad San José, a las once y media del día nueve de febrero de mil ochocientos noventa y uno. (f.) Miguel Pacheco (Tomo 4, Folio 416 del partido de defunciones de San José)".

Gracias a su nieto, el artista nacional don Manuel Zúñiga A., contamos con la única foto de la heroína. Fue por allá del año 1934 cuando ejecutó el óleo de doña Pancha: luce la foto la añoranza de aquellas magníficas gentes de antaño y viene a nuestra memoria la epopeya heroica, la gloria tica y centroamericana que se halla tres veces perpetuada en el bronce, en medio de las sinfonías multicolores de los parques ticos, en la que doña Pancha, la vivandera, puso de manifiesto su patriotismo.

Doña Pancha, la heroína, luce, contrastando la morenez de sus carnes y aumentando los fulgores de sus hechiceras miradas, la clásica camisa de gola –parte integrante del traje nacional tico– con dos vuelos de a palmo en sus mangas; la pañoleta asedada; el atado, peinado que aumenta su señorío, y la cinta, imprescindible aditamento, fabricada de gró; el relicario, con su cintillo de terciopelo, con la foto de sus seres queridos cerca del corazón. Los zarcillos auríferos prestan encantos.

Sería preciso escribir muchas páginas para presentar la interesante figura de doña Pancha Carrasco; mas como los límites de este trabajo no permiten extensas biografías, me conformaré con el resumen de la interesante vida de la ilustre heroína que antecede estas líneas, quien justamente mereció por sus relevantes virtudes y patriotismo que la historia eternizara su nombre, colocándolo al lado de la brillante pléyade de los próceres que nos han dado nuestra nacionalidad.

EL PRESENTE TRABAJO FUE ESCRITO POR EL AUTOR PARA MUNDO FEMENINO.San José, 1948.

IMÁGENES

Carlos Aguilar Durán | *Francisca Carrasco Jiménez* | Ilustración | Archivo, MHCJS | 2006.

Ezequiel Jiménez Rojas | *Pancha Carrasco* | Óleo sobre tela | MHCJS | 1948.

Manuel Zúñiga Azofeifa | *Retrato de Francisca Carrasco Jiménez* | Óleo sobre tela | MHCJS | circa, 1900.

Carlos Aguilar Durán | *Francisca Carrasco Jiménez* | Óleo sobre tela | MHCJS | 2013.